

«ROMANCES DE MAR Y TIERRA», de
Angel Aller.

Guardo con verdadera devoción este conjunto de romances. Los he leído muchas veces, y he confirmado en cada nueva rela-

ción con ellos, su significación substantiva. Admirables, recios, auténticos romances eruditos, que pueden parangonarse con los mejores del idioma. Intrínsecamente esta producción es tan valiosa como la de Villalón o García Lorea.

Emilio Oribe.

Libro admirable. Juntas sus piezas, dejan ver un poeta hecho, con el gozo de la palabra justa y el ritmo certero. Más que pareció con algunas cosas recientes, encuentro en sus romances tradición. Tradición ya barroca, con todo el refinamiento sensual que encierra cada palabra. No el romance primitivo, ingenuo y rudo, sino el que reconcentra experimentos y aventuras, con un arte continuo.

Enrique Díez Canedo.

«Romances de Mar y Tierra»: síntesis de perfección y de pericia técnica.

El matizado gongorismo de la expresión no alcanza a dar a sus romances la forma laberíntica de tanto poema de vanguardia; usado con prudencia este elemento es de gran vigor estético.

Este Romancero, más culto aún que los del malogrado García Lorea, coloca a su autor a la cabeza de los líricos de América.

A. Torres Roiseco.

A pesar de conocer su especialísimo sentido poético y de no ignorar la gracia y hondura de su poesía, sorprenden sus «Romances de Mar y Tierra».

Se avanza hacia el mar, por una montaña, cuando de pronto se oye el rumor de las olas; todo parece nacer de nuevo. Cuando, en alta mar, se llega a entrever la tierra, nos imaginamos que la han hecho para sorprendernos. Así son estos romances, tan nuevos dentro de lo nuevo: tan viejos, en el mar de lo clásico. Los releo, quédanme versos en los oídos y los labios: porque releídos son más generosos aún:

Mira como se la llevan,
madre de silencio y lágrima,
compañera de mi sino,
morena sin esperanza.

Enrique Amorim.

Una sutil asociación espiritual, me trajo el recuerdo de los «Romances de Mar y Tierra»; oía hace pocos momentos uno de los

Conciertos Brandeburgueses de Bach. En determinado momento, la ondulación y repetición formal de la fuga tomaba un giro insospechado. Rápidamente, sentí que eso yo lo había «leído», así, literariamente, alguna vez. Busqué y hallé aquello:

«Ya se va la zagalilla
por el sendero del agua
sueños devanando, azules,
devana que te devana.»

Ese jugueteo del devanar sueños azules en torno al sendero de la zagalilla es, en lo formal y en la pureza infinita de la sustancia poética, un tema de Bach.

Pero hay algo más grave. Casi todo el libro es así. Breve, ceñido, aprisionado en lúcidas formas perfectas. Líneas sinuosas, casi cantadas; un amoroso apacentar de sueños y de pulir ricas gemas de imágenes.

Bien se comprende que si el recuerdo de sus romances surge así, en función de Bach, es difícil hallar mejores palabras en su elogio.

Eduardo J. Couture.

Nunca es demasiado tarde —aunque lo parezca— decirle a un poeta toda la emoción altamente estética, la delectación espiritual ante poemas como sus «Romances de Mar y Tierra».

En ocasión de los primeros romances que de Ud. tuve la oportunidad de leer, creo haberle dicho la profunda impresión que me produjera su refinada hispanidad cuyos elementos de tradición y modernidad se alían de tan feliz manera, que es el caso de decir que en viejos odres, perfumados de antiquísimos néctares, se ha vertido la esencia misma de la poesía de hoy, con sus sabias motivaciones líricas que oscilan en un clima de ensueño, fuera de la objetiva realidad; o mejor dicho, de una realidad subjetiva que la avalora de elementos de una riqueza extraordinaria.

Me encanta, en su poesía, ese sabor arcaico en que gusta envolverse su gongorismo modernísimo; sus expresiones de un casticismo tan clásico que la lengua revive en ella sus desleídos esplendores, y la riqueza del léxico, a que tan poco estamos acostumbrados en nuestras hartamente empobrecidas tierras líricas, linda con el derroche del lujo y se armoniza acabadamente con la sintaxis

de un alarde idiomático de verdadero señor de las letras.

Trasposiciones y elipsis, hipérbaton y contracciones, lejos de cansar con una rebuscada imitación de lo antiguo, florecen con savia rica de una sensibilidad tan humana y tan actual, que bien puede decirse que si sus raíces son hondamente hispanas y clásicas, su follaje es viviente y cálido de modernidad.

Nada tiene que ver su romance con el ya tan imitado de García Lorca; al contrario, su gala más rica es, precisamente su originalidad envidiable, que ni aún de Góngora mismo se reclama, a pesar del innegable parentesco de su procedencia.

Acepte, pues, mis cálidas felicitaciones, y mis expresiones de pura admiración por sus romances, entre los cuales, «Mar y Tierra» tiene para mí no se qué turbadora sugerencia; acaso la de aquella poética tierra de Galicia que inspirara sentimientos en el fondo —ya que no en la forma— de extraña semejanza en la dulce y melancólica Rosalía.

, *Luisa Luisi.*